



LA GRAN ESPERANZA

■ Desde que, en 1985, los médicos del Hospital Infanta Elena, en Huelva me diagnosticaran que era diabético, cada mañana, recién levantado, cojo mi bolígrafo de insulina y me pincho para administrarme la dosis adecuada. Por la noche, antes de la cena, hago la misma operación.

No son los únicos pinchazos que tengo que hacerme obligatoriamente. Las yemas de mis dedos están totalmente perforadas de pequeños agujeritos para saber el nivel de azúcar en sangre que mi cuerpo tiene y actuar en consecuencia. Mis nalgas, mi barriga, tienen pinchazos por todos lados. Son los lugares que he destinado para inyectarme la insulina. Si las cuentas no me fallan llevo 13.780 pinchazos.

Desde aquel año mi vida depende de la insulina que, almacenada en esa especie de bolígrafo, en vez de escribir pincha y suelta ese líquido lechoso que hace que los diabéticos insulino-dependientes podamos seguir viviendo. He tenido que adaptar mi vida a todo lo que supone padecer una enfermedad que tiene múltiples repercusiones. Mi profesión de jornalero, de la que me sentía muy orgulloso, también se fue al traste.

La medicina actual tiene puesta grandes y fundadas esperanzas, a corto o medio plazo, en el desarrollo de las investigaciones con células madres embrionarias. Todos los datos obtenidos hasta ahora son esperanzadores y apuntan a que pueden culminar con resultados extraordinarios, que acabarían erradicando enfermedades tan malignas, peligrosas y mortales como el Parkinson, el Alzheimer, las cardiovasculares o la diabetes, por citar algunas.

Esos esperanzadores procesos de investigación tienen una enorme repercusión positiva en la gente que padecemos algunas de estas enfermedades crónicas, porque con ellos ansiamos poder definitivamente curarnos.

Sin embargo, toda nuestra alegría se convierte en tristeza y no niego que también en indigna-

ción, cuando inmediatamente que se presentan los avances científicos, como los que hace unos días presentaron médicos de Corea del Sur, la cadena de reproches y de rechazos contra los mismos superan lo puramente razonable, más aún si lo hacen en nombre de algún tipo de moral.

Me niego a aceptar que exista moral alguna que repreuebe estas investigaciones con células madre embrionarias. En todo caso, quienes se oponen son personas que dicen hablar en nombre de una moral determinada. Debo dar las gracias a no sé muy bien quién por no tener la misma moral que este tipo de gente. Mi ética personal me dice con absoluta claridad que no se le pueden poner zancadillas a unos estudios científicos que probablemente serán capaces de curar enfermedades hoy incurables y que, como consecuencia de ello, generarán más vida, más alegría, más ilusión y felicidad entre los seres humanos. **JOSÉ FERNÁNDEZ VÁZQUEZ (PATRONA DEL CAMPO)**